

Acad-II
Esp-91

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. Manuel de Saralegui y Medina

el día 31 de Mayo de 1914



MADRID
IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.

1914

DISCUSSION

THE AUTHOR

W. W. WADSWORTH, JR.

NEW YORK, N. Y.

1911

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL.

1911

Copyright, 1911, by W. W. Wadsworth, Jr.
All rights reserved.

Rc 40695

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCELENTÍSIMO SEÑOR.

D. Manuel de Saralegui y Medina

el día 31 de Mayo de 1914

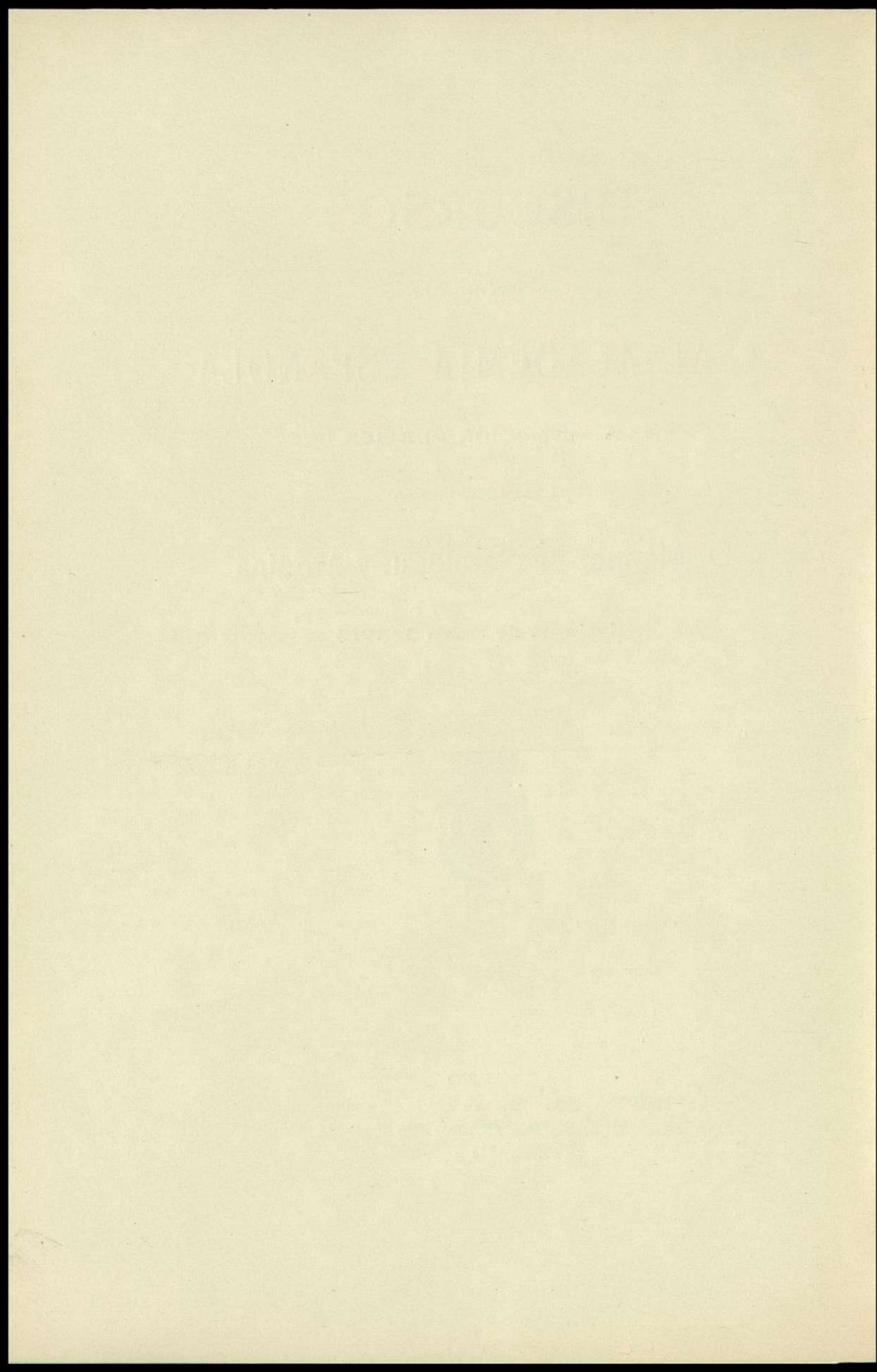


MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1914



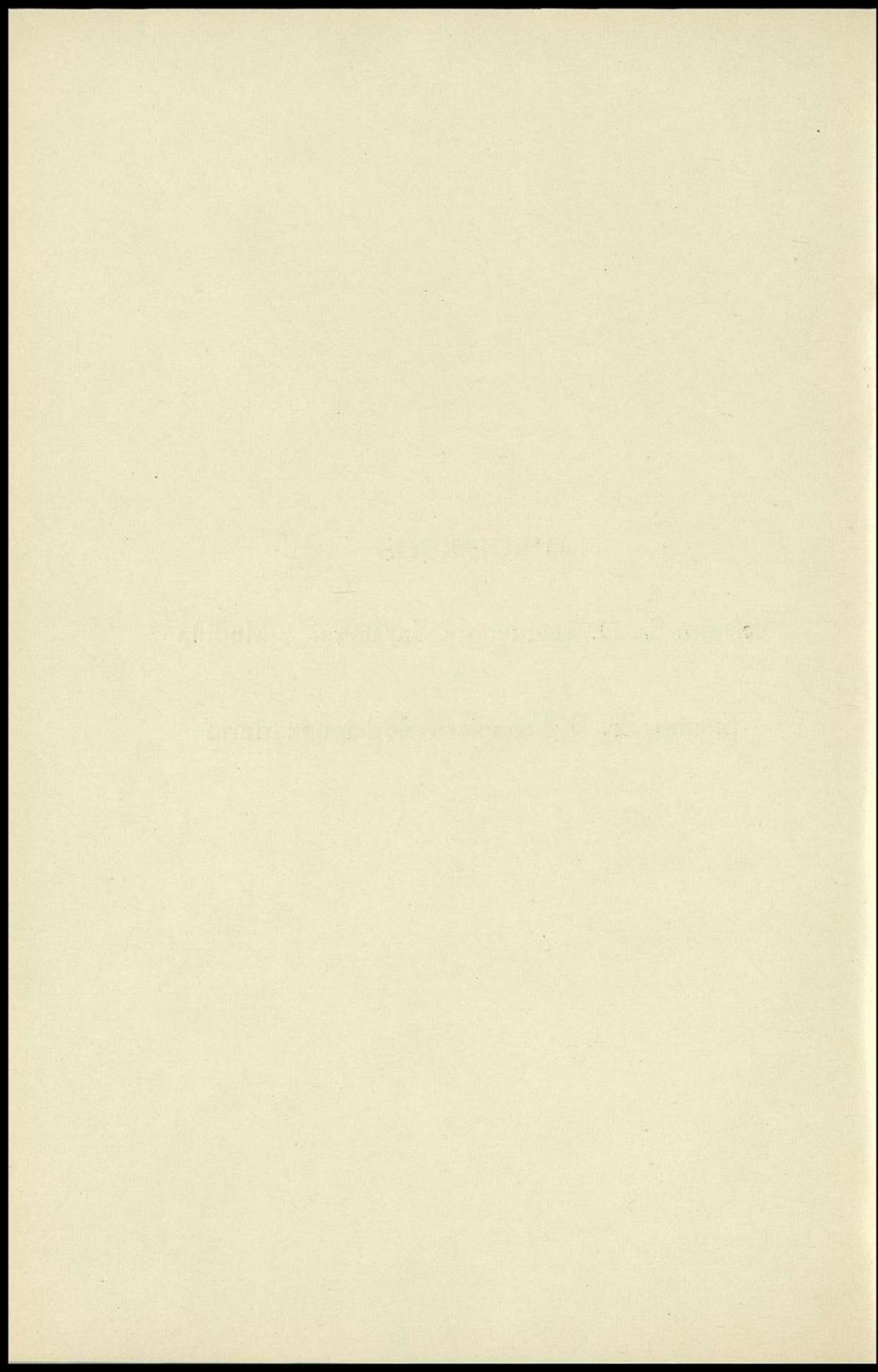
DISCURSOS

DEL

Excmo. Sr. D. Manuel de Saralegui y Medina

Y DEL

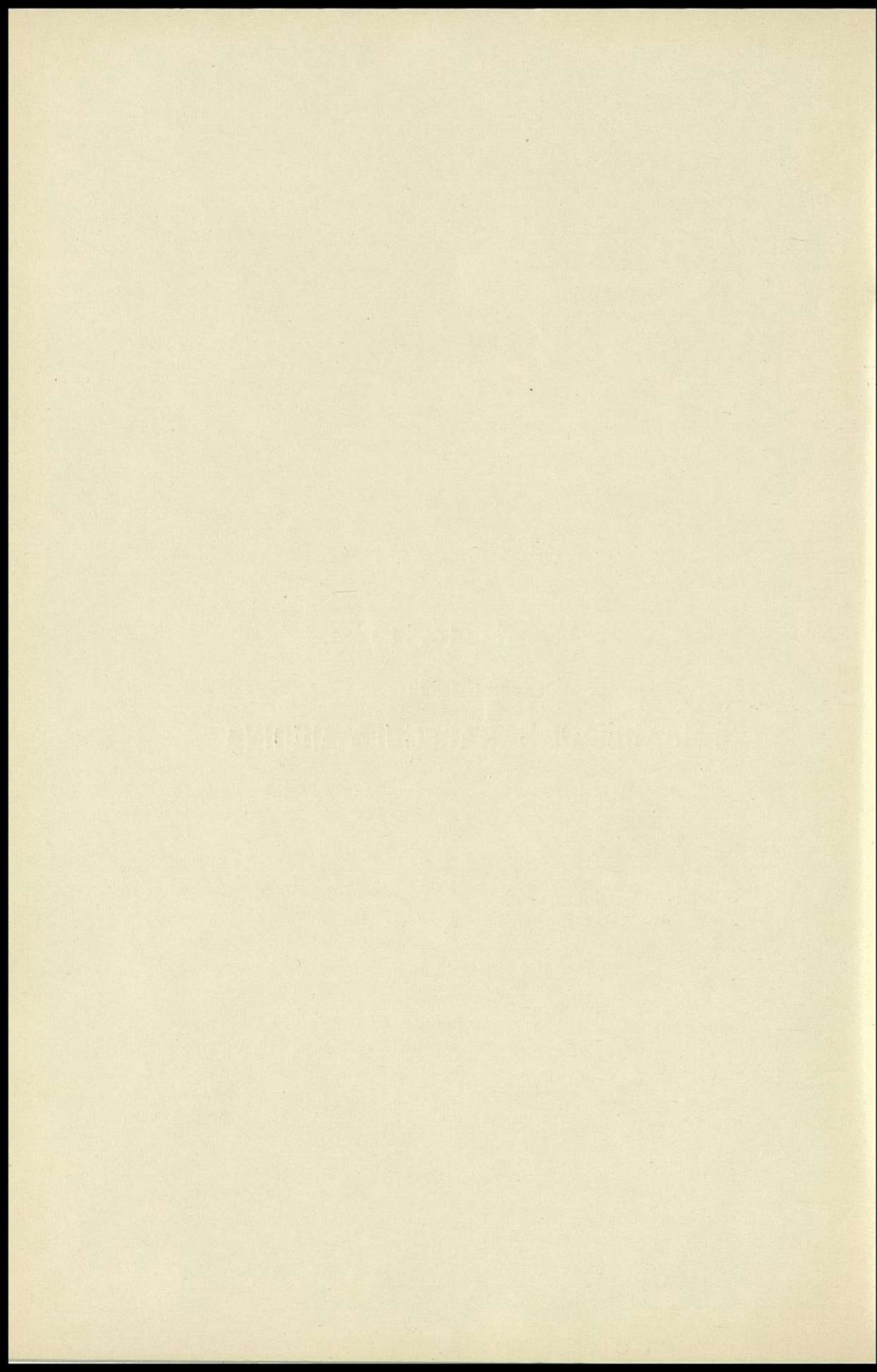
Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín



DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. MANUEL DE SARALEGUI Y MEDINA



SEÑORES ACADÉMICOS:

¿Quién no ha soñado alguna vez?

¿Quién, dejándose seducir por locas vanidades, o convencer por honradas ambiciones, no se alucinó alguna vez, y rodando de exageración en exageración y cual si acometiese posibles realidades, no traspasó la casi inaccesible meta de las doradas cimas, y aun llegó a penetrar en la serena mansión de los héroes y los genios?

¿Qué soldado celoso de su honor no se miró algún día dirigiendo una hueste victoriosa?

¿Qué dramaturgo, sugestionado por mentido aplauso, no se imaginó recogiendo los laureles de la escena?

¿Qué orador no se creyó capaz de conmover las masas?

¿Qué político no acarició en sus manos las tentadoras riendas del poder?

Creo firmemente, y disculpadme si exagero, que hasta aquellos que, dominados por el misticismo y ciegamente entregados a la contemplación, oran, abstraídos del mundo exterior, al pie de los altares, sin pensar más que en Dios y sin sentir los aguijones de la soberbia ni las caricias de la vanidad, llegan en algún momento a perder la noción de cuanto les rodea y a contemplar, enloquecidos, su propio busto, misteriosamente velado tras las nubes del incienso, sobre el ara sacrosanta, y casi casi a escuchar, como de labio ajeno, el fervoroso musitar de sus tiernas oraciones; que es ansia permanente y natural del alma noble el dirigir

los ojos hacia el Sol y volar a las alturas, como lo es del hombre vil y del reptil inmundado aborrecer la luz y arrastrarse por el suelo.

Esto os explicaré, tal vez, cómo yo, que por no constituir excepción, soñé también, y soñé mucho, pude algún día clavar los atrevidos ojos en este que es templo augusto de las letras patrias; y si bien es cierto que tanto más grande fué mi gozo cuanto más persistente el soñar y la visión más clara, no lo es menos que el despertar fué siempre amargo, aunque otra cosa pudieran indicar engañosas apariencias, y que al contemplar, sin pasión, en las intimidades de la conciencia, mi humilde pequeñez, sin méritos ni títulos, renuncié siempre y con rubor hasta al bien de la esperanza, para dar razón completa y aclarar el ceño de los que miraron en los devaneos de mi mente soñadora, más que reflejos de disculpable aspiración, grave pecado de inmodestia y de osadía.

Y, sin embargo, aquí estoy, aunque no porque yo haya subido hasta vosotros, sino porque vosotros habéis bajado hasta mí.

Aquí estoy, si no para ocupar merecidamente un sitio a vuestro lado, para honrarme con modesto lugar en vuestras cercanías; aquí estoy para aprender, hidalgamente llamado por vuestra inagotable bondad, por vuestra generosísima indulgencia, y cual demostración viva y palpable de que nada es tan propio para medir cabalmente el mérito del hombre como su benevolencia al apreciar el escaso valor de sus hermanos; porque así como nunca se ostenta más grandiosa la majestad de los monarcas de la tierra que cuando, entre los brillantes esplendores de la corte, descienden y se humillan para enjugar los pies de los viejos desvalidos, así nunca la sabiduría se muestra más amable que cuando, para lección de endiosadas medianías y para ensalzar y dar la mano al obscuro trabajador, al estudioso obrero, descienden de su solio de honor los varones escogidos.

Quiso la fortuna, siempre misteriosa en sus decretos, designarme para llenar el vacío que causara en este doctísimo Cuerpo la muerte de su último Secretario, el Excelentísimo Sr. D. Mariano Catalina, muy laborioso varón, cuyas circunstancias verdaderamente características, prescindiendo de sus otras varias significaciones, así en el orden social como en las esferas del saber, fueron siempre, y muy especialmente en los últimos tiempos de su vida, un entrañable amor, una especie de ciego exclusivismo para todo cuanto, más o menos directamente, se relacionaba con la sabia Corporación que le miró en su seno tantos años, y un tesón, más que incansable, heroico, para entregarse, aun en medio de los horribles sufrimientos que amargaron sus postreras horas, a los miles de incidentes y problemas que reclamaban su atención y sus cuidados, si no había de sufrir lamentables entorpecimientos el ordenado funcionar de la vida corporativa.

Todos le habéis visto, abrasado por la fiebre, martirizado por el dolor, casi cadáver, y tan sólo sostenido por los resortes de su firme voluntad, de su respeto a la Academia y del que casi pudiéramos llamar en este caso tiránico cumplimiento del deber, venir noche tras noche a ocupar su sillón, cual hombre sano, y defender decidido cuanto estimaba beneficioso para el alto Cuerpo a que rendía su homenaje, ilustrando toda discusión con el caudal de sus recuerdos, con la exposición de mil antecedentes y pormenores, y con el íntimo dominio de cuanto, en este o aquel sentido y de hoy o de ayer, estaba legislado para cada asunto.

Y es que para Catalina, la Academia lo era todo.

Ni concebía autoridad capaz contra sus fueros, ni argumento con poder contra sus decisiones.

Para él, ante todo interés, el interés de la Academia; su gloria, á toda gloria superior; ligera carga la labor a sus labores ofrecida; y su crisol, el emblemático crisol de su divisa nobiliaria, glorioso galardón de precio incalculable.

Así, o en parecidos términos, lo escuché de sus labios con-

traídos, poco antes que muriese; cuando casi no existía; y así lo repitiera seguramente después, si después fuese posible, como póstumo tributo de su amor.

Y a fe que en esos dos aspectos, aunque jamás le pueda yo igualar, sí que me está permitido el emularle.

No podré nunca servir de ejemplo como él; pero quien, como yo, rindiendo culto fervoroso a esta sabia Corporación, viene dedicándole, desde hace casi treinta años, todas sus vigiliass y todos sus afanes; quien, careciendo de dotes y de luces, viene extremando sus esfuerzos por adquirirlos en su honor; quien luchó en la sombra sin esperanzas de triunfo, y alejado de vosotros trabajó, no es mucho que prometa proseguir su camino y perseverar constante en sus labores, cuando halagado por glorioso premio, no ya sólo por amor, sino por amor y gratitud y obligación debe corresponder a benévolas mercedes, nunca, por cierto, bastante agradecidas, con exceso de trabajo, de asiduidad y de entusiasmo, ya que no tenga, para ofrecer, mejor virtud.

Buena prueba de que es absolutamente exacto cuanto digo y de que no finjo modestia al expresarme así, os la dará el tema del humilde discurso con que me permito molestaros, satisfaciendo, en vuestro daño, el ineludible cumplimiento de un deber.

Es el Diccionario, a lo menos, para mí, no sólo un código, sino el código por excelencia, el código primero, principal y verdaderamente indispensable entre todos cuantos tienen más o menos relación con el lenguaje.

Podrán algunas gentes, ó por escasa cultura o por no reclamar otra cosa las exigencias de su comercio social, olvidarse o prescindir, casi por entero, así de la gramática como de la retórica, siguiendo sumisos, al expresarse las huellas de la costumbre o los consejos de la imitación; pero del Diccionario de la lengua, del conocimiento exacto del significado de las voces, con cuyo acertado manejo todos

hemos de hacernos entender, apenas si se encontrará algún ignorante vanidoso o algún extravagante original que, mal aconsejado o mal dirigido, pueda y quiera deliberadamente prescindir.

Y como, a su vez, es el lenguaje la manifestación exterior más noble y exquisita concedida a los hombres, la más íntima esencia del alma de los pueblos y el resorte más ingenioso del organismo social, no habréis de extrañar, por cierto, que quien, como yo, no puede engalanarse con exquisiteces de estilo, con profundidades de estudio ni con sutilezas de fina observación, se limite a rendir culto a lo que constituye la pasión dominante de su vida toda y a presentaros algunas pobres consideraciones sobre el paulatino desarrollo de la lengua patria y sobre la difícilísima elaboración de su vasto Diccionario, libro mucho menos conocido que severísimamente censurado, aunque no pueda, por su desgracia y por no separarse de una ley que es común a todo, en las cosas de este mundo, presumir, ni mucho menos, de la por unos y por otros ambicionada perfección.

Sucédeme con la encantadora lengua de la Patria, algo en cierto modo extraordinario, que depende exclusivamente de sus intrínsecas virtudes y que es ajeno a los impulsos de mi voluntad.

A cada año que transcurre; a cada grave acontecimiento que se desenvuelve; a cada distinta fase de esta mi vida. que ya puedo calificar de dilatada, veo surgir, como por arte milagroso, nuevos destellos de su clásica hermosura y nuevas afirmaciones de su poderosa significación, que si no encajan del todo en los caracteres del amoroso lirismo con que, en tal o cual ocasión, la hemos todos celebrado, son aspectos de un orden más prosaico y positivo, pero que no ceden a los otros ni en valor ni en interés.

Hoy, por ejemplo, que las circunstancias me han colocado en condiciones favorables para estimar el justo alcance de las relaciones que nos ligan a las que un día fueron colonias españolas, y son ya prósperos pueblos celosos de

su soberanía y ufanos de su libertad, hoy que puedo, sin gran trabajo, formar cabal juicio de los mutuos afectos existentes, de las tendencias en cada grupo dominantes y hasta de los respetos colectivos de aquellos hijos de la madre España, que constituyen, por sí solos, la mayor parte del mundo de Colón, hoy es cuando he llegado a medir en toda su intensidad y su eficacia el poder, único quizás, pero de fijo incontrastable, de la lengua común, como lazo de unión entre los españoles todos, de los dos lejanos continentes, mucho más separados por discutible antagonismo, que por las profundidades de la propia mar.

Creo firmemente, y porque así lo creo lo proclamo, que ni los vigorosos latidos de la sangre, ni la comunidad de nombres y apellidos, ni el obligado consorcio de la historia, ni aun la providencial misión reservada a nuestra patria, de llamar a tomar parte en el concierto de los pueblos cultos a sus hijas las ignoradas regiones que lograra descubrir y conquistar, creo, digo, que nada de ello aislado, ni todo ello a la vez, majestuosamente congregado bajo el centro augusto de la fe de Cristo, sacrosanta religión en que todos comulgamos, hubiera bastado á soldar las cadenas rotas por las armas al ocurrir la emancipación política de nuestras provincias ultramarinas, si no hubiera imperado, para bien de todos, acá y allá, la sonora y bendecida lengua de Cervantes. Sí, porque la sangre de familia difícilmente se amansa cuando una vez la inquieta la discordia, y las mercedes recibidas se suelen, sin remordimientos ni escozores, desconocer y hasta olvidar, en tanto que la acción benéfica y constante de la fácil comunicación de las ideas, gracias al ejercicio de la lengua común de los hermanos, es frecuente que llegue a convertirlos en amigos generosos, desterrando suspicacias, recelos y rencores, y asentando sobre sólidos cimientos el bienhechor imperio de la paz.

Y bien se pueden convencer los que no juzguen como yo, los que en más o en menos de mi opinión disientan, de que no hay ilusión en mis conceptos, ni ponderación tampoco

en lo que afirmo, con sólo tornar los ojos y conducir la mente a la desapasionada contemplación de las naciones europeas, aunque de vieja formación, por varias gentes y diversos territorios integradas.

En ellas podrán, efectivamente, ver, casi sin excepción, cómo las provincias, departamentos o regiones que disfrutan de común idioma, están firmemente unidas al núcleo principal por vínculos de afecto ciego y decidida voluntad, en tanto que los otros, los que tal vez más que en cosa alguna, se diferencian del núcleo aquél en la expresión hablada, sienten flojos y débiles los ligamentos que debieran ser robustos y frías aquellas expansiones del amor recíproco directamente llamadas a fortalecer, en interés mutuo, la noble significación nacional de que debieran todos ufanarse; y es muy de notar en tal sentido, que cuanto más pronunciadas son las diferencias existentes entre el dialecto o lenguaje regional y el idioma que, por ley de mayoría, bien pudiera ser el único, tanto más profundas son las huellas que marca el desafecto, ruinoso germen de indiferencia y división.

De aquí que todo lo que tienda a enaltecer y conservar el gran tesoro que custodia esta Academia, a difundir su espíritu y robustecer su influjo que son, si bien se mira, como trasunto de la patria misma y emanaciones del alma nacional, deba siempre recibir el poderoso aliento de los buenos españoles, sin descender a codiciosos regateos que disminuyen el precio del tributo y rebajan el nivel de quien lo paga.

Soy como aquel bizarro personaje que Julio Verne pintó en una de sus más típicas novelas. El, si no fuera inglés, quisiera serlo; y yo, sí, por desdicha, no hubiera visto la luz en esta tierra, desearía, a mi vez, ser español.

Por eso nada más triste para mí, al repasar las fronteras de la patria, después de no escuchar, ni aun por asomo, en lapso dilatadísimo, una sola expresión, un solo vocablo castellanos, que el observar cómo se enorgullecen muchas

gentes al posponer a todos el grato idioma de Cervantes, rindiendo culto a moda caprichosa, que yo no entiendo cómo se puede, en justicia, disculpar.

Fuera de España, habla cada cual su lengua propia.

En ninguna de las grandes manifestaciones de la vida pública, en ninguno de los íntimos acontecimientos del hogar, pueden vislumbrarse vestigios de idiomas extranjeros, si no es aquí, donde por ser el habla tan hermosa, tan rica y tan sonora, tiene el abuso más difícil explicación.

Y cuenta que hago insistente hincapié en esto que muchos tildarán de nimiedad, de ruin detalle, porque yo—aunque tal vez profundamente equivocado—estoy lejos, muy lejos de definirlo así.

Creo, por el contrario, que es señal inequívoca de pueblos pobres, empequeñecidos, débiles y decadentes, el inmoderado afán de posponer la lengua propia, honrando y prefiriendo, en todo caso, las extrañas, en tanto que el preferir aquélla, excluyendo cualquier otra, mientras la conveniencia lo permita o no lo contraríe la necesidad, es sello insignificante de los pueblos grandes.

Y no se arguya en contra de esta tesis, con la ilustración que presupone el conocimiento y hasta el dominio de otras lenguas, aun dando de barato que lo mismo o mejor que ellas, se conozca y se domine la lengua de la patria: no se recuerde la necesidad de traducir y utilizar ajenos textos, ni la de hacerse comprender en comisiones y viajes, para evitar pretericiones y molestias.

También los extranjeros conocen más lenguas que la propia, y traducen sin cesar obras extrañas, y viajan y desempeñan comisiones, con un tino y un primor envidiables en muchos casos, sin que por ello utilicen tales lenguas ni en las intimidades del hogar, ni en el trato social, ni en el tráfico diario, no por no poderlo hacer, si hacerlo desearan, sino porque el natural orgullo patrio es para el caso obstáculo constante que nadie quiere franquear; porque un

amor que es casi un deber lo impide siempre, y porque la conveniencia y la razón a un tiempo lo reclaman.

Fenómeno social y psicológico que suele tener reflejos con resabios de megalomanía, en los reducidos territorios de todas las grandes agrupaciones soberanas, que se envanecen con la posesión de un lenguaje regional.

Y si tal sucede en las grandes naciones soberanas, y aun se imita en los pequeños pueblos que constituyen, a su vez, cada nación, ¿qué maldición pesa al presente sobre el idioma castellano, que no disfruta el beneficio de la ley común?

¿Le superan, acaso, los extraños?

¿Es tan áspero que lastime, tan zalamero que empalague, tan afectado que desdore, o tan pobre y tan escaso que no pueda sin auxilios subsistir?

¿Por qué perdura el lamentable abuso que denuncio?

¿No habrá manera de ponerle coto?

¿Habremos de asistir sin protestas, los que en ella nos gozamos, al despojo del habla nacional?

Tal despojo no puede ni debe efectuarse: sería imperdonable que se llegase a consumir.

Para evitarlo, nadie más indicado que este ilustre Cuerpo literario; nada más eficaz que el grave desempeño de su fecundísima labor; que una cosa es que dominen los indocitos y conviertan el idioma en absurda greguería, y otra es que legislen los maestros para conservar, en toda plenitud y sin nada que las vele, su espléndida grandeza, su nitidez purísima y su noble integridad: conservación que no implica en modo alguno inercia mortecina ni glacial estancamiento, fuera del curso natural de los estudios científicos del mundo; que no denota divorcio entre elementos que deben vivir bien avenidos; pero que marca prudentes límites y márgenes seguros al inmoderado afán de innovaciones, no siempre indispensables, sometiéndolas, con espíritu de acierto, a serena discusión y a estudio reposado.

Corre de boca en boca, como aforismo filológico indiscu-

tible y vulgarmente respetado, aunque no sea más que porque legaliza los muchas veces ilegítimos caprichos del vulgo, que *el uso es el maestro de las lenguas*; pero yo, escudándome con la respetabilísima significación del insigne Benot, de feliz memoria, creo que tal aforismo ha sido intencionadamente mutilado, y *que el verdadero maestro de las lenguas, es el uso, sí; pero es el uso de los que hablan y de los que escriben bien.*

Si la primera forma no estuviese cercenada, que lo está de seguro, nos sometería, y, lo que es peor, sometería la venerada lengua de la patria a los decretos indecisos de un dueño sin autoridad y, como tal, desatinado en todas sus determinaciones; en tanto que, completa la sentencia, tal como la estampó Benot y los cuerdos la proclaman, es un modelo de previsión, de sensatez y de sabiduría; una especie de arma de dos filos, que si pone diques a las exageraciones de los unos, barreras pone a los reparos de los otros; y que así como de las irreflexiones de los ignorantes y atrevidos, se defiende eficazmente haciéndolas pasar por el tamiz de la censura sabia, así también combate las excesivas sutilezas de ésta, con el ariete de la imposición, razonable muchas veces, del concepto de las masas populares.

No basta, en modo alguno, que el vulgo adopte sin conciencia los giros y vocablos, o los invente sin más ley que su capricho, ya que la lengua patria no debe cultivar en el arroyo los que han de ser saludables elementos de su nutrición; pero tampoco las exquisiteces nimiamente puristas de los refractarios al progreso de la ilustración y de la vida públicas deben ni pueden rechazar la franca introducción de aquellas voces y aun de aquellos giros que, sin padecer defectos capitales de origen, de estructura o de eufonía, vienen impuestos por la necesidad, si no hemos de quedar relegados a un humillante lugar en la esfera de los adelantos y constituir una nota discordante en la majestuosa congregación de las naciones ilustradas.

Lo que sí se debe perseguir, y perseguir sin tregua, es que

se *solucionen* los conflictos que, en castellano, se resuelven; que se *distancien* las personas cuando se alejan o separan; que se *presupuesten* el tiempo y el dinero, que por acá se presuponen, y que por descuido de los menos pasen inadvertidas al lenguaje tamañas corrupciones, tan sólo porque pasan *desapercibidas* a los más.

Eso de que llamemos *boudoir* al tocador, *bebé* al roorro y *sleeping* al coche-camas; *railes* a los rieles o carriles, *trousseau* al equipo, *layette* a la canastilla, *rendezvous* á las citas, *interviews* a las conferencias, *sports* a los deportes, *bars* a los cafetines y tabernas disfrazadas, *esprit* al ingenio, *revancha* al desquite, *stock* al surtido, *fumoir* al fumadero y *causer* al charlatán; eso de *bisar* los *couplets* en el teatro; celebrar los triunfos con *champagne de honor*; *entrenarse*, *debutar*, *aprovisionarse*, *flirtear* y tantos otros vocablos exóticos e inútiles como profanan nuestro idioma, imprimiéndole un sello depresivo que tiene mucho de servil, hacen pensar con lástima—cuando tanto y tanto se prodigan—en las serias dificultades con que habrán luchado nuestros padres para expresar medianamente sus ideas, sin adivinar aquella jerga extravagante y ceñidos a conversar en español.

Y, sin embargo, es lo cierto que sin ella se pasaron, y sin ella y utilizando con ingenio el caudal propio, ese caudal que aunque hoy resulta insuficiente para algunos, es, sin disputa, mucho más copioso que el de ayer, dieron al mundo las obras peregrinas que son, a un tiempo, nuestro orgullo y la envidia de esas mismas gentes a quienes acudimos pidiendo locuciones, que, lejos y en lugar de enriquecernos, adulteran nuestro léxico, desnaturalizan el idioma y dificultan, en todos casos, su recta inteligencia, porque restan unidad a la expresión.

Todo lo cual no significa—como de acuerlo con la sana razón establece la doctrina de este sabio Cuerpo (1)—que deba reputarse vicio grave ni defecto censurable, “el em-

(1) Gramática castellana de la Real Academia Española, 9.^a edición, pág. 287.

pleo intencional de alguna frase o palabra extranjera hecho por gala o bizarría de quien conoce a fondo su propia lengua y la domina”; ya que no sólo presta tal prudente empleo amenidad al escrito y sonoridad al lenguaje, sino que demuestra, frecuentemente, cómo “los maestros del bien decir emplean a veces palabras o giros extraños, porque adivinan los que pueden con el tiempo arraigar en el idioma”; privilegio de inteligente previsión a tales maestros reservado y de que no pueden nunca ni con pretexto alguno vanagloriarse los indoctos.

Para pocas cosas se requiere mejor pulso, mayores tino y discreción, que para precisar con razonable sensatez las condiciones a que debe sujetarse la introducción de voces nuevas en el lenguaje patrio.

El acierto en resolver dentro del justo medio, que es inapreciable virtud en ésta como en otras muchas manifestaciones de la actividad humana, constituye ardua dificultad, que demanda, si ha de ser vencida, vasta ilustración, gusto exquisito, grave parsimonia y fino discernimiento, por lo mismo que para tal empresa no es dado dictar reglas, ni aun bosquejar orientaciones que nos eviten el errar en asunto tan complejo.

El lenguaje, como todo lo humano, debe progresar; pero indudable es que, si no ha de ser perjudicial, debe ser ordenado y regular este progreso.

No me parece que basta—y siento separarme por ello de lo que juzgó en su día el reverendo padre Feyjoó—; no me parece que basta para justificar la introducción de una voz nueva en el idioma, aunque en él exista otra para el caso semejante, el que aquélla ostente *más propiedad, o más hermosura, o más energía* que la indígena, circunstancias todas opinables y no sujetas a medida rigurosa. Creo, por el contrario, que es preciso que existan entre ambas diferencias reconocidamente graves y esenciales, si ha de merecer disculpa y aun positiva defensa la adopción.

Y si bien hay un fondo de atendible exactitud en aquella afirmación según la cual cuando se carece de voces propias a un objeto, o se hace indispensable el indigesto agregado de vocablos para responder al mismo fin, ha de ser lícito y corriente el empleo de voces extranjeras, para “no vestir el idioma de remiendos y no caer en el vicio del soberbio pobre, que más quiere hambrear que no pedir” (1), no se puede negar en sana lógica que el dejar encomendada la dificilísima función de inventar palabras, o domesticar y dejar el paso libre a las extrañas, al criterio individual de algunos escogidos, declarando *à priori* paladinamente que ella “no depende del estudio o meditación, y sí sólo de una especie de numen particular, o llámese imaginación feliz, en orden a esta materia”, sería establecer un sistema a todas luces pernicioso, sin unidad, ni límites, ni norma, y, lo que es peor, sin suficiente preconizada autoridad, ya que es humano y como tal frecuente, que a cada cual se la otorgue su amor propio, sin atender consejos de modestia ni avisos imparciales, ni voto alguno que dicte la razón.

Quizás no yerre si atribuyo, muy en primer término, a la abusiva práctica del sistema que critico la invasión agobiadora que sufrimos y que plaga la lengua castellana de innumerable legión de voces forasteras, porque... es hoy tan intenso el afán de originalidad que por doquier domina, tanto el pueril temor de reflejar las luces de algún genio, siguiendo, sin querer, sus ejemplos y sus cánones, y tanta la repugnancia que inspira la posibilidad de que “se pueda achacar a falta de talento la voluntaria sumisión á tamaña servidumbre”, que todos ansían ser únicos, todos ser innovadores: y ora derivando, al azar, verbos y verbos de los nombres sustantivos, ora imponiendo a los vocablos desinencias peregrinas, y tan pronto aceptando giros y palabras con su sello originario y su exótica estructura

(1) P. Feyjoó.—Teatro crítico.—Carta XXXII.

como dándoles aparente nacionalidad con disfraces pedantescos que ni responden a método científico ni a las reglas que impone la eufonía, todos se olvidan, o, cuando menos, fingen olvidarse, de que hasta el mismo padre Jerónimo Feyjoó que tan tolerante fué con la franca introducción de voces nuevas, hubo de exigir como circunstancias típicas de los innovadores unas graves dotes de *elevación, numen especial, tino sutil y fantasía*, que no es dable se adjudique a sí mismo cada cual, ya que lejos de ser fruto de la propia voluntad, son excelso galardón, de valor sumo, con que Dios favorece a contadísimos ingenios: cuerda limitación, que, saliendo de la esfera de acción de las personas, estrecha más y más en su conocida "*Exposición de la Epístola de Horacio*", el Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, hasta llegar a proclamar, tal vez con cierto exceso y cierto dejo, también, de sentencia doctrinal, que a pesar de ser exactos determinados principios del gran poeta, "le parece inútil advertir que cuando han llegado las lenguas a cierto punto de adelantamiento y perfección, naturalmente se va estrechando la facultad de introducir vocablos nuevos, y no puede ser tan amplia como cuando un idioma, al salir de la infancia, está, por decirlo así, creciendo"; todo lo cual si bien ostenta el mismo fondo de relativa exactitud que su autor concedió a los principios de Horacio que discute, parece como que es digno a su vez, de ser analizado y discutido, no tan sólo por lo difícil que es determinar el momento preciso en que las lenguas llegan a su mayor edad y entornan la puerta de entrada a los propuestos neologismos, sino, también, porque cualquiera que sea la ocasión en que tal fenómeno se observe, puede el idioma retornar a una segunda infancia, ya que al incesante vaivén de la civilización no se le vislumbran límites, y a él debe seguir, en continuo movimiento y camino paralelo, el desarrollo de las lenguas, que han de dar nombre, y nombre adecuado, al inmenso tropel ideológico del mundo, hoy distinto del de ayer, mayor o menor

en tal o cual aspecto, de norte vario, como varia es la tendencia que lo impulsa, y dócil, tanto á las instancias de la moda y las costumbres, como a los tenaces requerimientos de la oportunidad.

Creo de buena fe que no exista estado alguno social ni ramo alguno del saber humano, en los que no se haya producido, una o muchas veces, tal retorno o positivo retroceso; porque es lo cierto que, no bien el hombre, la familia, el pueblo o la raza han creído alcanzar el ambicionado grado de perfección en tal o cual sentido, cuando la inesorable realidad, con sus argumentos poderosos, se ha encargado de convencerlos de su error, y, además, por lo que hace a la tesis, que en este deshilvanado discurso se expone y analiza, de la imprescindible urgencia de buscar, en tal o cual fuente, los neologismos apropiados para llenar en el lenguaje las lagunas que responden a las nuevas tendencias por los hechos sancionadas y a los nuevos principios admitidos por los doctos.

Así sucede que el hombre, por ejemplo, que se asocia instintivamente para crear la familia, primero, y después, la tribu, y que pasando, sucesivamente, por multitud de grados y alternativas en la organización social, llega, por fin, a constituir vastísimas repúblicas e imperios florecientes en los cuales la unidad del poder parece como indicar que se ha logrado el final de la jornada, sufre de improviso y a impulsos del odioso feudalismo, rudo golpe e intenso retroceso a los tiempos ya lejanos, por la subsiguiente división y aniquilamiento del poder real, que no supo o no pudo resistir el formidable acometer de los señores.

A partir de aquí, nuevos esfuerzos de los unos y abominables atropellos de los otros permiten a la humanidad recobrar cuanto ha perdido, y sobre las ruinas del que parecía inaccesible castillo roquero, y perfumada por el humo de la pólvora, que es incienso de la guerra, surge otra vez la diadema de los reyes, representativa de la unidad en el poder y esperanza de la igualdad ante la ley.

Años después, enfrente y enemigo del poder absoluto, se levanta, arrollador y progresivo, el sistema constitucional a que hoy vive buena parte del mundo sometida, y continuación casi obligada del impulso inicial que difícilmente puede contrariarse y mucho menos aún puede vencerse, imperan ya en agrupaciones numerosas, como imperaron ayer las doctrinas democráticas, otras de cuya importancia para el avance o retroceso no se puede con tino predecir; pero que empiezan a intervenir veladamente en los múltiples fenómenos de la vida de los pueblos, con ansias apremiantes de luchar y no menos apremiantes de vencer.

La evolución del lenguaje ha debido seguir, y ha seguido, efectivamente, en todos casos, la complicadísima evolución político-social

Ha progresado cuando ésta progresó, enriqueciendo su vocabulario con cuantos neologismos impusieron, no sólo el nuevo estado político creado, sino cuantos accidentes, de este o de aquel género, fueron su complemento, en unos casos, su séquito de honor en otros muchos, y en todos ellos signo patente de redentora civilización; y al retroceder la humanidad, cuando, cediendo a resortes perturbadores de funesto influjo, fué perdiendo una por una las ventajas conquistadas, el lenguaje no pudo permanecer indiferente y en cierto modo estacionario; no pudo perder, tampoco, las riquezas adquiridas, y como la senda que siguió la sociedad en su retroceso o retorno, no fué nunca la misma que siguiera al avanzar, y como el punto de llegada, al retroceder, no coincidió, jamás, con el punto abandonado a la partida, los elementos típicos de cada situación política, el momento y condiciones especiales en que cada una se produjo, sus caracteres en relación con las personas y las cosas, sus adelantos científico-industriales, su fuerza en el terreno de la guerra, y su imperio y trascendencia en los dominios de la religión y la moral, demandaron en cada caso nuevas voces, nuevos giros y nuevas locuciones, ora inventados por los mismos naturales que

sentían su falta al expresarse, ora importados por los predecesores de idénticos sistemas en los países extranjeros, y tan pronto fruto de la genial intuición de las masas populares como de los meditados consejos que a los sabios dictó su ilustración.

Fácil sería amontonar ejemplos que confirmasen mis creencias y la que estimo seria equivocación del culto aunque poco afortunado traductor de Horacio; pero por un lado esa misma facilidad y por otro el fundado temor de importunaros, me impulsan a callar, renunciando de buen grado a tal empresa.

Séame, no obstante, lícito, en justa consideración a la circunstancia, que gusto de recordar, de haber sido el insistente estudio de los vocablos propios de mi antigua profesión la verdadera causa determinante de mi aproximación a esta Academia, el acudir, siquiera de ligero, al maravilloso desarrollo, no siempre en forma y dirección iguales de algo íntimamente relacionado con el difícil arte de navegar, para dejar con ello definitivamente demostrada la exactitud del fondo de mi tesis.

No bien se vió surcada la superficie de los mares por la tosca balsa de troncos recortados, y el débil vaso de mimbrés, por cubierta de cuero groseramente revestido, cuando el hombre, ganoso de alargar más y más sus bizarras excursiones y de arrostrar, virilmente, nuevas hazañas, buscó en el viento poderoso auxiliar, sin medir ni pensar en los peligros temerosos que el viento, a cambio de su auxilio, traidor le prometía; temeridad que ensalzó de modo original el gran vate lusitano prorrumpiendo en amarga imprecación.

¡Oh maldito o primeiro que no mundo
Nas ondas velas poz em secco lenho!

cantó el épico Camöens al reseñar cómo la humanidad se engolfó en el seno proceloso, en alas del propio agente que lo azota y que lo agita y es causa cierta de su furia y su poder.

Pero la vela venció, y desde aquellos raquíticos ensayos de los pueblos primitivos hasta los gallardos aparejos que han dado su carácter á los más bellos bajeles que el arte ha producido, la vela ha crecido siempre en dimensiones y se ha elevado, a la par, hasta rozar las nubes; y cuando a tal llegó, cuando la guinda fué extremada, aun respecto a la extremada magnitud de los navíos, y ora porque el navegante se asustó de llegar a más altura, o porque la ciencia y la necesidad le marcaran otros derroteros, es lo cierto que el aparejo empezó a menguar, a reducirse hasta llegar casi a desaparecer en las modernas construcciones, como elemento inútil a los mônstruos de la mar, que, sin él lo recorren por doquier y soberbios lo dominan.

Y aquí ocurre preguntar, pues que el caso es oportuno, dentro del menguado marco de mis pobres opiniones: ¿fué momento decisivo para estrechar la puerta de entrada a voces nuevas aquel en que las naves se cubrieron de velas y de jarcias, o lo es el actual, en que todo conspiró para cortar sus alas a los buques, cual si fuese grave error el proclamado progreso de otros días?

¿En cuál se puede declarar que ha llegado la lengua al ambicionado *punto de adelantamiento y perfección*?

Ni en éste, ni en aquél.

En aquél, cada vela requería nombres propios para sí y para sus cabos de maniobra; en éste, las velas suprimidas demandan, ya dotados con sus nombres nuevos, multitud de raros elementos que hagan posible en la práctica la reforma que se quiere realizar; en éste y en aquél es preciso bautizar los extraños efectos en cada caso producidos, los ingeniosos aparatos a cada fin utilizados, los varios accidentes que a cada paso surgen o han surgido inopinados y cuyo alcance no es probable que nadie pueda sospechar; y ni en éste ni en aquél, ni en caso alguno, puede el idioma, como sin savia y sin vigor, inactivo estacionarse, negando al hombre sus razonables medios de expresión.

Por eso, porque las actividades filológicas no han tenido nunca, ni tienen ni han de tener, punto alguno de reposo, porque deben siempre responder á las incesantes alternativas de los movimientos científico y social de todo el Universo, porque como dijo muy bien nuestro venerado Echegaray, maestro en tantas cosas, cuando llamó *pendular* al movimiento de vaivén, sujeto a riguroso compás, de un cuerpo suspendido de un hilo y obedeciendo a la acción de la gravedad, "preciso es acudir de cualquier modo a las apremiantes exigencias de las nuevas ideas, y no es un gran pecado tomar lo que se necesita allí donde se encuentra, cuando lo que se toma es, por ley de naturaleza, propiedad de todo el mundo", es por lo que debe ser objeto del trabajo inteligente y esmerado de los sabios todos y muy principal, también, de esta Academia, el conseguir la purificación, claridad y opulencia del Diccionario vulgar, precioso libro por todo el mundo consultado, ya que tal trabajo representa, a mi entender, el único medio de que el vulgo, frecuentemente ignaro, pero siempre indocto, saliéndose de su limitadísima esfera de acción, pretenda, en cierto modo, dominarnos y le imponga al idioma, sin cabal conciencia, voces poco nobles, giros caprichosos, locuciones mal formadas y extravagantes barbarismos.

Y por cierto que en este orden, se da el caso, para muchas gentes peregrino y para mí perfectamente natural, de que aquellos que por su claro talento y vasta ilustración, están menos propensos a caer en impropiedades y corrupciones, a cargo siempre de desatinada originalidad, sean, precisamente, los que ansiosos del mejor acierto, mucho más difícil al criterio único que al dictamen colectivo, han inaugurado y repetido, siempre que la ocasión para ello fué propicia, un procedimiento que ojalá pudiera declararse de aplicación universal.

Antes, hasta mediados del siglo próximo pasado, careciendo la meteorología de nombres propios descriptivos de las formas de las nubes, era en todo caso difícil el hacerse

comprender de modo breve y sin acudir a perífrasis pesadas y casi siempre incapaces de ofrecer, en el terreno de la ciencia, la necesaria y aun indispensable exactitud.

Nubarrones, nubes y nubecillas, de este o de aquel color y de tal o cual tamaño; chubascos con pie o sin él; bardas y gigantones..., he ahí el imperfecto y pintoresco vocabulario, absolutamente convencional y distinto para cada país, de que disponían los meteorologistas para describir las diversas apariencias del cielo y de los horizontes, en bonanza y tempestad, en invierno y en estío; pero llega el año de 1853, y con él, la celebración de la famosa Conferencia de Bruselas, en la que estuvieron oficialmente representadas la mayor parte de las naciones marítimas del globo; y allí mismo, en el seno de tan cultísima asamblea, después de amplia discusión y detenido estudio, quedó admitido, o, mejor dicho, colectivamente confirmado, un sencillísimo sistema que mediante el manejo de solas cuatro voces latinas—*cirrus*, *stratus*, *cúmulus* y *nimbus*—y sus acertadas combinaciones, vino a establecer una especie de ordenada clave internacional, para la más rápida y perfecta interpretación de las indicaciones meteorológicas.

Después de tal acuerdo, es muy posible que alguno de los mencionados países, como andando el tiempo lo hizo España, haya modificado para el uso vulgar, amoldándolas a las condiciones típicas del idioma respectivo, las terminaciones de los cuatro vocablos que constituyen la base del sistema; pero aunque tal haya efectivamente acontecido, aunque sean tantas las desinencias cuantas son las naciones que firmaron el acuerdo, como quiera que las raíces y los caracteres permanecen invariables, siempre será factible la uniforme interpretación de tales voces en todo el universo, siempre razonable y conveniente su introducción en el léxico oficial de las naciones todas, y siempre provechosos los resultados con ellas obtenidos, pues que produjeron luz donde había obscuridad, y concierto donde reinaba confusión.

Algo parecido en importancia y significación á lo que queda expuesto sucedió algunos años después en otro ramo interesante de lo que bien pudiéramos llamar la Física moderna: porque cuando el poderoso agente cuya esencia es un misterio y que sin conocerlo manejamos, sometiéndolo a casi todos los designios de nuestra voluntad, sintió romper los lazos que lo retenían en una infancia perdurable de siglos y más siglos; cuando la electricidad renunció a reinar sólo en las nubes y se entregó sumisa a nuestros propósito y necesidades, hubo de experimentarse la precisión urgente de adoptar un tecnicismo metódico y racional con el que pudiera ponerse, desde luego, en relación, los maestros y los inventores de todas las escuelas y de todos los países: urgencia y necesidad a que acudió solícita y guiada, como de ordinario, por su claro buen sentido, la Asociación Británica para el Adelantamiento de las Ciencias, la cual, fiel a su sistema de rehuir, por muy expuesto a errores, el criterio de la iniciativa individual, se resolvió a someter a una comisión de profesores de su mismo seno la difícil labor de determinar y poner nombres a las diversas unidades prácticas que habían de servir, tanto para los cálculos de gabinete, como para los ensayos experimentales, y aun para las maravillosas aplicaciones resultantes de las combinaciones de esos dos complicados elementos.

Pronto y bien cumplieron los maestros su delicado encargo; pero la Asociación Británica, persistente en su propósito de alcanzar la perfección y de no exponerse a probables divergencias ni a inmediatas modificaciones, optó por someter el trabajo realizado a la suprema decisión de un Congreso Internacional de Electricistas, que se reunió en París, con tal objeto, en el transcurso del año ochenta y uno; sabia corporación que, confirmando unos y substituyendo otros, dió al mundo científico, con indiscutible y casi soberana autoridad, las magnitudes y los sendos nombres con que habían de distinguirse y manejarse las unidades prácticas eléctricas, tanto en el terreno puramente experimen-

tal como en el de su útil aplicación a los diversos usos industriales.

Así nació ese original conjunto de nombres propios de personas aplicadas a designar los elementos técnicos de una ciencia físico-matemática, y así entraron tales voces a formar parte del caudal de los idiomas europeos, sancionadas todas por el voto de quien las pudo, con derecho y conciencia, sancionar.

Y por más que aquí, en España, se haya considerado provechoso—yo no se si por espontánea decisión o por acatamiento a la famosa *Epístola*—, el seguir en este caso idéntico proceder que en el caso de Bruselas, no por ello nos habremos alejado grandemente de lo que en París fué acuerdo unánime y de obediencia semi obligatoria, ya que donde dice *Ohmio*, y *Faradio*, y *Amperio*, y *Voltio*, no es arduo traducir *Ohm* y *Farad*, y *Ampère* y *Volt*, y ya que por mucho que en el asunto haya pesado el respeto al idioma de la patria, no se ve grave peligro en adoptar a un tiempo ambos modos de expresión, dedicando el uno, el internacional, a las altas especulaciones de la ciencia, y reservando el otro, el modificado, para las más ordinarias y frecuentes del tráfico vulgar.

Como se ve, si se coteja cuanto llevo dicho, las diferencias entre los procedimientos seguidos en todo lo que a la adopción de voces nuevas se refiere, por los doctos y los que no lo son, no pueden ser más profundas, ni tampoco mas significativas. En tanto que aquellos agotan las precauciones para no errar, precisamente en lo relativo a la ciencia que les es familiar, y que por deber cultivan, deciden éstos, sin empacho y de ligero, casi a ciegas, por carecer de mediana autoridad que les abone y autorice.

Cierto que en muy contados casos es el pueblo, el pueblo en la más amplia significación de esta palabra, quien, por derecho, inventa o prohija giros y vocablos; pero también lo es que aun en casos tales, “la armonía del elemento popular y del erudito, puede únicamente—“debe” diría yo—otor-

gar cartas de naturaleza en los idiomas”, como con verdadero sentido de la realidad declara un autor contemporáneo; declaración equivalente a reconocer que, en tal terreno, el vulgo propone y el erudito dispone, toda vez que éste y no aquél, ha de ser quien juzgue, con conocimiento de causa, del origen y estructura de las voces en litigio, así como de la mayor o menor oportunidad de su entrada en los dominios del lenguaje.

De tal modo, conducidos por el aura popular y admitidos por sentencia de los sabios, figuran en nuestro Diccionario, galicismo como *cupón*, *silueta* y *guillotina*; italianismos como *madrigal*, *sonata* y *violonchelo*; anglicismos como *clíper*, *biftec* y *bloquear*, y germanismos como *daga*, *vals*, *blocao* y *heraldo*, que constituyen argumentos de fuerza imponderable contra los que tildan a esta Corporación de refractaria a todos los progresos, y, muy especialmente, a ponerse en relación—para seguirlos—con la corriente de los idiomas extranjeros; así propuestos por el vulgo y aceptados por los doctos, figuran, también, en el léxico oficial, *pítima*, *chistera*, *pipiolo*, *camelo*, *tagarnina*, y otras mil trivialidades de igual fuste, que deponen en contra de la pretendida estirada gravedad de esta Academia; y así, sin rechazar lo razonable, venga de aquí o de allí, y con tal o cual motivo que lo escude, pero poniendo fuerte dique á la desatentada invasión de corrupciones propias y de exótico caudal que nos amaga, es como cumple su deber este Cuerpo literario, que no suele dar gusto a los más, aunque el conseguirlo sin desdoro sería la más grata remuneración de sus tareas.

¿Lo logrará algún día?

La empresa es muy difícil; pero... tuvieran todos, en vez del discutible placer de lastimar con desdenes y censuras, el de imitar el culto ejemplo del Congreso de París y de la Conferencia de Bruselas; asistieran los centros técnicos y corporaciones oficiales á la obra común, con observaciones y consejos; sometieran a sabia autorizada decisión el re-

sumen de sus dudas y contiendas, reconocieran unos y otros que el común idioma, lejos de ser patrimonio de unos cuantos, es verdadero tesoro nacional, á cuya guarda todos nos debemos, y es muy posible probable quizás, que en corto plazo, el glorioso revivir del habla castellana, limpia de vicios y exenta de impurezas, fuese blasón intelectual y ejecutoria de buena voluntad, como fruto de generoso intento

Posible es, no obstante, que ni aun extremando tales medios se conquiste la soñada perfección, y que, a la postre y a la fin, el Diccionario parezca defectuoso; pero no es posible negar, sean cualesquiera los resultados que se obtengan, que entre aquellos procedimientos y los muy pueriles a que el vulgo se reduce, media siempre un verdadero abismo.

Sirva de ejemplo concluyente, que cierre el campo a toda discusión en este punto, lo sucedido con el vocablo *sicalipsis*, ridícula aberración de un editor, presumido y poco culto, que quiso decir *apocalipsis*, ignorando el valor real de esta palabra (1).

El deajo clásico de la que, sin saber lo que hacía, inventó el mercader para servir al público, y el afán de éste por todo lo desconocido, por todo aquello que a sus ojos brilla, reflejando una luz agradable, aunque sea falsa, hicieron todo lo demás, y hoy *sicalipsis* y sus naturales derivados se repiten sin cesar y en todas partes, a pesar de su desatinado origen y de su carencia absoluta de expresión, ya que, en realidad de verdad, no dicen nada.

Porque es bueno sentar y es muy bueno repetir que no suele ser típico en el vulgo el exceso de meditación para obtener la más justa exactitud en la mayoría de sus declaraciones; y así sucede que ni aquel Infante Don Juan, que llamó el *Tuerto*, lo fué en la más llana acepción de esta palabra, sino torcido o contrahecho; ni el famoso cuadro de Rafael, joya riquísima de nuestro gran Museo, fué *Pasmo*

(1) Mainar.

de Sicilia en tiempo alguno, sino tesoro ofrecido a un rey católico por los monjes de *Santa María dello Spasimo*; y ni el rey intruso que apodó *Pepe Botellas* mereció nunca tal mote, porque nunca de ellas abusó, ni los políticos titulados *ayacuchos* reflejaron fielmente en su apellido circunstancias de su jefe militar, que ni combatió en tal función ni aun se hallaba en América en los momentos de librarse.

Y cuenta que no es mi deseo, al expresarme así, restar al habla ninguno de sus legítimos elementos de progreso, entregándome ciego, y atado, a la par, de pies y manos, al indigesto rigorismo de esos *puristas* que representan en el dominio filológico, análogas intransigencias y peligros que en el religioso significaron ayer los *puritanos* (1): es que por crecidos que resulten los excesos en que incurre la cultura nunca pueden ni aun aproximarse a la insólita estulticia que a los suyos suele dar el vulgo sandio; es que aunque los *Pontífices* actuales no son los constructores de puentes sobre el Tiber, ni es el metal *antimonio*, el enemigo mortal de los monjes inexpertos, siempre se conservarán en el dicho primer vocablo reminiscencias de la suprema jerarquía de un alto magistrado sacerdotal de la Roma de los Césares (2), como se conmemora en el segundo la supuesta imprudencia de un iluso que ejerció entre los suyos de fraile curandero (3), mientras que en *sicalipsis* para pregonar lo deshonesto y en *infiel* por Eiffel para nombrar la torre, que, en París, es maravilla de las gentes, ni se observan primores de inventiva, ni se ostentan exquisiteces de estructura, ni se vislumbran vestigios etimológicos, ni hay, en fin, nada que merezca estimación.

Esto me lleva como de la mano a considerar ligeramente, y a someter al desapasionado examen de las gentes imparciales, otro de los gravísimos escollos con que tropieza esta Corporación en el constante desenvolvimiento de sus difi-

(1) P. Feyjoó.

(2) Benot. „

(3) Monlau.

ciles tareas y muy en especial, en la redacción de su rico Diccionario.

Me refiero a la etimología de las voces, así antiguas como modernas, de cuya significación y transcendencia con respecto á los fines y concepto del lenguaje, es bien sabido que juzga cada cual a su sabor, siendo frecuente, también, que cada cual juzgue y repute desatino todo aquello que no encaja muy al justo en su manera personalísima de ver.

Desde aquellos que siguiendo los preceptos, más jocosos que científicos, de quien para negar toda autoridad a la ciencia etimológica, dijo que *en ella las vocales no son nada y las consonantes poco menos*, hasta los que rechazan indignados todo vocablo que no reconozca en su formación, en su sentido, lo que se ha dado en llamar *noble abolengo*; desde los que desatan toda traba científica en los dominios del origen filológico, hasta los que por apretarlas con exceso, privan o entorpecen los naturales movimientos del idioma; desde los que presumen de vulgares y se declaran refractarios a la autoridad de toda lejana y sabia procedencia, hasta los que entregados a un ciego culteranismo, niegan acceso a cuanto no procede del griego o del latín fuentes fecundas, pero no únicas ni exclusivas del habla nacional, hay espacio sobrado para satisfacer todos los gustos, y para poner a prueba, una vez más en sus obstáculos y escabrosidades, la perspicacia de este Cuerpo literario, hermana y guía de su culta discreción, que aspira, en esto como en todo, a conquistar el justo medio, único antídoto de un doctrinarismo perjudicial.

Dase el caso, no por curioso menos natural, en esto de las etimologías, y ello excusa un tanto el indiferente escepticismo de la primera escuela a que me acabo de referir, que mucho de los vocablos que, en su día, respondieron etimológicamente a su objeto con precisión y clara exactitud han perdido al rodar de los tiempos, y en alas de una obligada y tan pronto rápida como lenta transformación, aquella conformidad de su origen filológico con su corriente y

usual significado, no respondiendo ya, ni mucho menos, a las ideas que fueron causa de su primitivo origen y que, o han desaparecido de las instituciones, de las ciencias y del comercio humano, o, como los mismos vocablos que los designaban a lo justo, han realizado, lenta o rápida, pero siempre visible evolución.

Todo ello es muy difícil de pesar y de medir, si ha de haber aceptable exactitud en el peso y la medida, y por eso es grave, y, como grave, plausible en grado sumo, el prudente proceder de esta Academia, siempre sorda a las venáticas excitaciones de los que, por exagerados, son sectarios, y atenta siempre a las más templadas de los que, tal vez por ser cuerdos, constituyen minoría.

El idioma se transforma sin reposo ni límites marcados, se ha dicho antes de ahora, y con el conjunto, es evidente y natural que se transformen, a su vez, las partes que lo integran, los sumandos o vocablos todos que contribuyen, en tal o cual forma y en tal o cual medida, a hacer práctica y patente su fácil expresión; y no porque se alteren en poco o en mucho las relaciones etimológicas de las voces, que aunque otra cosa insinúe algún maestro, no deben fenecer porque se pierda el objeto o la idea, a que en un principio respondieron, debemos renunciar a su empleo ni privarnos de su auxilio; que uno y otro son elementos estimables de riqueza, por acuerdo de los sabios e imposiciones de la utilidad, día tras día, amalgamados a la masa general del habla de la patria, y con los cuales es justo, siempre que a su sombra no se cometa insigne corruptela, mantener su opulencia, no mermarla, sin otra adquisición que de algún modo la pérdida compense, ya que nadie arroja voluntariamente lo ganado, si la ganancia ha sido noble y ordenada, por mucho que haya pasado el momento que fué testigo de la necesidad.

Así sucede, en efecto, que *libertino*, sustantivo que un día se empleó como sinónimo de liberto o esclavo que alcanzó la libertad, hoy se emplea de ordinario, para desig-

nar al hombre calavera y licencioso, por más que haya nacido libre y que libre continúe; y que *senador* no presupone siempre, aunque su origen lo reclame, la vejez del ciudadano que disfruta en nuestras Cortes tan respetable dignidad. Y ni es lo más corriente el entender por *charretera* la liga que sujeta el calzón en la proximidad de la rodilla, ni el *ridículo*, bolso así llamado, afecta siempre la estructura *reticular* que le impone el etimólogo, ni el *barco en rosca* adquiere posible semejanza con rueda alguna, por muy vacío que se encuentre, ni recuerdan los *ripios* de carácter literario el cascote que es producto del trabajo y del corte de las piedras, ni decapita siempre la *guillotina*, pues que tal nombre se aplica con frecuencia a inocentes aparatos industriales, ni la *sota*, por fin, aunque está bajo ciertos naipes, y vale, por tanto, menos que ellos, deja de ser superior a otros muchos, de los cuales está encima; ejemplos todos cogidos al azar entre mil otros, suficientes a poner de relieve cómo la suave evolución de los vocablos es venero de riqueza fácil de explotar y mantener, con sólo renunciar a intransigentes exigencias y a rigores anticuados en lo que debe ser objeto de benigna tolerancia, que no excluye, ni aleja, ni entorpece la legítima esperanza de atinar.

Y con esto termino ya; que os contemplo fatigados, y no es bueno ni es prudente el abusar de quien se muestra con exceso bondadoso.

Antes, no obstante, y aun a riesgo de que os enoje mi insistencia, quiero y debo volver sobre algo que estimo de importancia extrema y de transcendencia verdaderamente excepcional.

Dije, casi al principio de este escrito, que en mi humildísimo concepto, “es señal inequívoca de pueblos pobres, empequeñecidos, débiles y decadentes, el inmoderado afán de posponer la lengua propia, honrando y prefiriendo, en todo caso, las extrañas, en tanto que el preferir aquélla, excluyendo cualquier otra, mientras la conveniencia lo permita o no lo contrarie la necesidad, es sello insigne de los pue-

blos grandes”; y prueba práctica de que no estoy equivocado en cuanto digo, la encontraréis, sin esforzaros, cada día, en toda ocasión y a cada paso

Recordad vuestras excursiones a los varios países europeos; vuestras visitas a Londres y a París, a Viena y a Berlín, a Roma y a cualquiera otra de las capitales de las naciones más cultas y que viven satisfechas y orgullosas de sí mismas, y decidme, sin pasión, cuántos son los rótulos en castellano que han halagado vuestra vista en la interminable extensión de sus plazas y sus calles, aun cuando para ello se prestasen determinados accidentes y muy positivas y atendibles circunstancias. Sólo de tarde en tarde, muy de tarde en tarde, un raquítrico letrero, “*Se habla español*”, modestamente estampado en tal o cual ventana, os habrá sabido a miel—que es la rareza coeficiente supremo del valor—, al evocar vuestro nativo idioma, y con él un grande amor, el amor patrio, que tiene sus altares en el íntimo santuario de las almas; pero... mudemos la decoración; abandonemos las ciudades de los ríos caudalosos y siguiendo el curso de ese “que se llama río, porque se ríe de los que van a bañarse en él” (1), entremos en Madrid y recorramos, como de costumbre, sus calles y sus plazas, ansiosos de observación, pero anhelantes de no encontrar qué censurar ni corregir. Y en confirmación de nuestro buen deseo, prescindamos de esa multitud de establecimientos públicos en los que la naturaleza misma de sus varios efectos de comercio son como disculpa del mozuelo almibarado que, abusando extemporáneamente de los vocablos forasteros, se precipita en el abismo de lo feo y de lo cursi; olvidemos el *París-Nouveautés* de una tienda de tejidos y trajes de señora que hoy decimos *confecciones*, el *Old England* con objetos de capricho, que hoy apodamos *fantasía*, *La Fleur de Lis*, que sirve de pantalla a un negocio vulgar de corsetero y un *Palais de Nouveautés*, que lo es de carteras, ceniceros y

(1) «El Diablo cojuelo.»



relojes y otras mil *novedades* parecidas; pero caigamos estupefactos y mohinos en una lechería que se llama *La Pureté*, o en la estrambótica *Poupée* que es, según reza la muestra, un obrador, modestísimo, de plancha; envidiemos, porque es casi un políglota, al honrado industrial, que se anuncia *Shoemaker y Bottier*, sin mencionar el clásico maestro de obra prima, y agucemos nuestra penetración para sospechar un taller a la misma industria dedicado, tras un *English Fashion* que lo oculta y lo disfraza; reconozcamos la modestia de una *High Life* que desciende hasta traficar en los mismos vinos de pasto y generosos, que se expenden en las *Caves monopole*, establecidas algunas casas más abajo; pasemos de una *Dora's Coach House*, que en romance llamaríamos cochera, a una pollería consagrada *Au cordon bleu*, y a una *Maison de luxe*, donde Dent vende sus *gloves*; y terminemos nuestra dilatada peregrinación ante un aristocrático establecimiento español, en el mismísimo centro situado, y en cuya fachada bajo nombre exótico y para aviso de españoles y españolas, pero con absoluta omisión de su lenguaje, se ostenta un gran letrero con original leyenda que dice textualmente así:

Pâtisserie
Restaurant
Déjeuners
Dîners
Soupers froids
a la
Sortie des Théâtres

Five o clock tea

Y después de pasar ante la puerta de esta casa y de saborear el anterior anuncio, dígaseme si es dable sospechar siquiera que nos hallamos en el corazón de aquel Madrid donde nacieron para honrar a España y cautivar al mundo, Quevedo, y Tirso, y Calderón, y Lope.

Y... “no es que por el temor a que no nos entendieran—si resucitaran—nuestros hablistas del gran siglo de oro, hayamos de morir de hambre, renunciando a todo crecimiento filológico”, como dijo, con razón, un venerado maestro mío, que fué en su día florón de esta Academia (1); no es que por sistemático desdén “a la renovación de los idiomas, que ha de ser incesante como lo es la vida, debamos dejar que pase el nuestro al estado de fósil” (2); ni que convenga reputar en todos casos “vicio del estilo la introducción de voces nuevas o extrañas en el idioma propio” (3); es que así los imprudentes neologistas como los tocados del mal de extranjerismo, deben sufrir, a cercén, el recorte de sus alas; es que se debe tenazmente fomentar el noble culto a la lengua de Castilla, sin consentir que, por ignorancia o modernismo, con censurable exceso se adultere; es, en fin, que “la entereza y buen lustre de nuestra lengua padece en manos de muchos que, por no conocerla, no la respetan, y creyendo que la enriquecen, la descomponen”, como dijo, años atrás, D. Juan de Jáuregui.

Poco á poco, con seguro pulso y detalle minucioso, más que contrarios, concurrentes a un amplio espíritu de análisis sereno y cuerda decisión, es como deben transformarse y progresar los idiomas florecientes que no han menester de convulsivos atropellos para velar el rubor de su pobreza, enaltecer su baja stirpe, o robustecer su debilidad; y así, con el afán de responder a las múltiples demandas filológicas de una época que, por su rápida evolución, es casi un torbellino, huyendo tanto de las violencias de los unos como de la inercia de los otros, cediendo aquí y resistiendo allá, más agriamente censurada en sus errores que en sus aciertos, sin reservas, aplaudida, sin tanto auxilio que estimar como ojeriza que vencer, así, repito, es como fiel a su abo-lengo, consagra la empresa de su escudo esta Academia, que

(1) Benot.

(2) Méndez Bejarano.

(3) P. Feijóo.

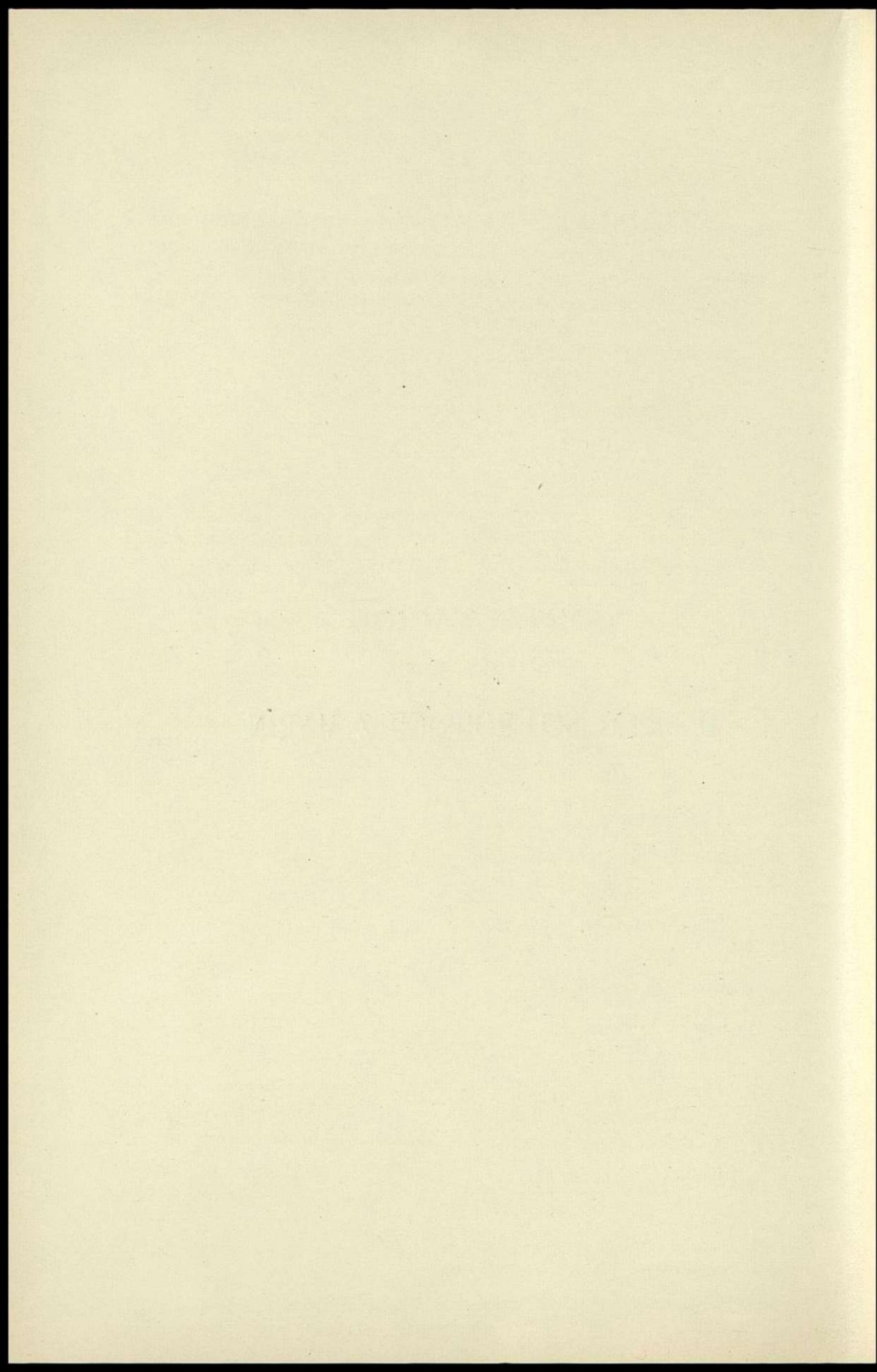
es, por ello, por su sana labor y su viril perseverancia, digna y merecedora del respeto de las gentes, de la gratitud de las letras, del bien de la patria y de la que es principio de toda real sabiduría: de la sagrada inspiración de Dios.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN



SEÑORES ACADÉMICOS:

La casa solariega de las letras españolas abre hoy su puerta grande para recibir solemnemente como académico de número al Excmo. Sr. D. Manuel de Saralegui y Medina, llamado a tomar posesión de un sitial que era de estricta justicia otorgarle. Supo merecer y supo esperar; es decir, juntó dos clases de méritos: el del entendimiento y el de la voluntad. Nadie, pues, podrá decir del Sr. Saralegui lo que en diversas ocasiones se ha dicho de otros, que, proclamándose, por su propia autoridad, y mucho antes de mostrar las primeras canas, maestros de todo saber, pugnaron con todo y contra todos a fin de escalar esta mansión, alborotaron e hicieron alborotar el mundo con su porfía, y aun estuvieron a tres dedos de pedir reparaciones personales por el tiempo que perdieron esperando y por el agravio que imaginaron haber recibido de quienes no se habían apresurado a acceder a su pretensión. No: el señor Saralegui llega a este honroso lugar por sus pasos contados, sin que le desvelase la impaciencia ni le agriase el rostro la ira. Recordando aquella hermosa sentencia del autor de *La Araucana*:

«Que las honras consisten no en fenerlas,
Sino en sólo arribar a merecerlas».

a merecer atendió, y prosiguió trabajando en silencio. Así, cuando la gente bullidora que se pasa la vida encantada y encantusada por el brillar de los vistosos oropeles pregun-

taba, entre curiosa y despectiva: “Pero ¿quién es este señor Saralegui?”, en la Academia Española le conocíamos bien y estimábamos en su justo valor sus nobles prendas intelectuales y morales; porque es muy del caso advertir que *este señor Saralegui*, modesta y calladamente, como quien no gusta de vocingleras alharacas, y con la perseverancia propia de un verdadero amorador de su patria y de la hermosa y rica lengua de nuestros mayores, venía contribuyendo—millares de cédulas lexicográficas lo atestiguan—a depurarla y esclarecerla.

Acerca de nuestras academias, y en especial de la Española, corre por ahí muy válido un error que a todos nos conviene ir desvaneciendo. Créese que tan sólo deben ocupar sus sillones los insignes sujetos a quienes la opinión culta y aun la de la vulgar muchedumbre señalan como talentos muy esclarecidos que ganaron ruidosa y perdurable celebridad cultivando las letras o las ciencias. Ciertamente, tales famosos varones son y fueron siempre gala y esplendor de la Academia, que los recibe con amor y respeto y logra al recibirlos honra preciadísima; pero esta casa es templo y taller, todo a un tiempo; cada uno de sus sillones es juntamente cadera de honor y banco de trabajo, y así, no es indispensable ostentar muy altos y muy brillantes merecimientos para ganar un puesto entre nosotros: basta el de trabajador perseverante—el único que pudo alegar quien es lo dice—, aunque por la personal modestia, o por la clase de disciplina a que el elegido consagró su estudio, o, en fin, por la general insubstancialidad ambiente, no se haya hecho popular su nombre, aquí donde un torero y una cupletista logran en media semana estruendosa celebridad. El caso del Sr. Saralegui no era nuevo: “Pero ¿quién conoce a este señor Codera?” preguntaba a media voz en esta misma sala, por mayo de 1910, un mozallete que de seguro conocería a todo el claustro y gremio del con razón llamado *género ínfimo*. “Pero ¿a quién conoces tú que sepa de letras?” pudo y debió respondersele. Ni ¿cómo se estimaba

por hombre culto, y aun por definidor de notoriedades literarias, quien ni siquiera había oído nombrar al sabio y glorioso decano de los arabistas españoles? Aun, a las veces, en lo intelectual como en lo físico,

«La lluvia menuda
Es la que hace barro»:

pocos de los doctísimos varones a cuyo perseverante celo por nuestro idioma se debió aquel gran monumento literario que se llama *Diccionario de autoridades* fueron ruidosamente famosos. ¡Y ahí tenemos, y consultamos, y admiramos su obra de titanes! Así trabajan en su admirable república las industriosas abejas: afanosa, pero calladamente. Y mientras que las cigarras se des^{pep}entan, aprovechando el silencio de la siesta calurosa para hacer saber al mundo que ellas solas imperan en monte y valle, las abejas, en su obscuro escondite, trajinan calladas, fabricando su cera y su miel, deleitoso regalo para Dios y para los hombres.

Porque trabajaba sin hacer ruido no era conocido de muchos el Sr. Saralegui; pero de lo que hará entre nosotros es más que buena fianza la memoria de lo que hizo de veinte años acá, porque es de advertir que en su trato con la Academia los hechos siempre han ido delante de las palabras. Ved ahora, o mejor dicho—pues vosotros lo sabéis—, vean los demás, brevemente resumido, por qué merecimientos ocupa hoy un lugar entre nosotros, como académico de número, el Sr. Saralegui y Medina.

Marino de profesión desde su adolescencia, como por su grande amor a la cultura parase mientes en que las voces náuticas que hallaba a cada momento en los libros de su preferente estudio solían dejar que desear no poco en cuanto a la propiedad de las definiciones con que estaban inventariadas en los diccionarios vulgares, aplicó su cuidadosa atención a poner remedio a este mal y a definir muchas otras que, aun habiéndose hecho de uso común, no estaban incluídas en tales léxicos. En esta delicada tarea invirtió

durante meses y años el escaso tiempo de que disponia como profesor de la Escuela Naval, y, por lo pronto, fruto de su trabajo fueron algunos centenares de excelentes cédulas lexicográficas, que la Academia recibió con agradecimiento, y que, después de examinadas, discutidas y aprobadas, se aprovecharon al redactar la edición decimotercia del léxico vulgar. Al envío de aquellas cédulas siguió de cuando en cuando el de muchas otras, no sólo referentes a los estudios náuticos, y la Academia, echando de ver que para tal y tan frecuente colaboración eran ya mezquina muestra de agradecimiento las comunicaciones oficiales con que, por acuerdo de todos, se le daban las gracias por sus desinteresadas aportaciones, le eligió académico correspondiente en el Ferrol.

Veinte años han transcurrido desde entonces, sin que decaiga en ellos, ni pasajeraente, el vivo amor que el señor Saralegui profesa a nuestra lexicografía; antes al contrario, por millares han podido contarse las cédulas con que un mes tras otro ha venido contribuyendo a la académica labor, todas, por lo común, tan a conciencia estudiadas, y autorizadas tan discreta y eruditamente, que en sólo ser suyas tienen anticipada recomendación, así en las juntas generales de la Academia como en las de la comisión especial del *Diccionario*.

Otros relevantes títulos, que no éste solo, han granjeado al Sr. Saralegui la justa estimación en que le tienen los amantes de la cultura patria. Estudioso y activo como pocos, aquí donde el *far niente* se ha hecho tan español, que no conserva de italiano sino el nombre, el Sr. Saralegui emplea una gran parte de sus ocios y las buenísimas aptitudes de su claro entendimiento en estudiar los puntos más interesantes de nuestra historia nacional; y como a las veces, muchas veces, por su copiosa y bien digerida lectura, halla algunos en que hay que rectificar no poco, suele hacerlos objeto de especial investigación, de donde nacen unas muy sabrosas monografías, interesantes por demás para

cuantos con curiosidad plausible gustamos de conocer hasta las semínimas lo que hay de verdad depurada en los hechos históricos. A esta loable afición del Sr. Saralegui se debieron, entre otras publicaciones, libros tan estimables como los intitulados *Apuntes biográficos del Comisario de Cruzada D. Manuel Fernández Varela*, *Un negocio escandaloso en tiempos de Fernando VII*, *Recuerdos y rectificaciones históricas*, *Cuadros de Historia*, *El Corregidor Pontejos y el Madrid de su tiempo*, *El idioma como señuelo* y *Una sorpresa en tierra y su desquite en el mar*. Esta labor de años y años, hecha calladamente por un hombre estudioso que pensó mucho en hallar la verdad y poco ó nada en conseguir el aplauso público, ha valido al Sr. Saralegui la simpatía y la respetuosa consideración de los doctos, y, al par, frases de aliento y de justa alabanza, como las siguientes, que transcribo de cierto informe emitido por la Real Academia de la Historia:

“El Sr. Saralegui, en breve período, dió á la estampa trabajos en los cuales la curiosidad y el interés científico hallan sabroso deleite. La diversidad de asuntos de sus obras corresponde á las aptitudes intelectuales y a la extensión del saber bien aderezado por continuas meditaciones y dilatados estudios del autor. Son admirables y dignos de loa sus aciertos en estos distintos y aun opuestos empleos de su inteligencia, porque quien es marino de oficio, y, como tal, profesó la matemática y la astronomía, luce en la exégesis de los grandes principios morales y acaba por el examen de personajes y hechos históricos todavía brumosos y oscuros. En sus varias disertaciones, de diversa índole, examina el autor, ya sorprendentes fenómenos del orden físico, con amena galanura y erudición histórica abundante, o ya efectúa gallardas investigaciones con datos de grueso fuste y bien comprobados con copia de documentos y de problemas que se originan del asunto principal, todo dentro de una exposición clara y de singulares condiciones de lenguaje y de estilo.”

Estas, en efecto, son las cualidades por que se distinguen y recomiendan las interesantes monografías del Sr. Saralegui, en reconocimiento de lo cual escribí, a propósito de uno de sus libros: "Sabido es que en lo tocante a la Historia se ha errado el camino hasta poco tiempo ha, porque se han escrito las historias generales antes que las particulares, que es lo mismo que efectuar una suma sin conocer los sumandos. Así, todo anda equivocado y mal compuesto, y, como he dicho en otro lugar, para ir reconstruyendo sólidamente el gran edificio histórico, más ha de costar el derribo de lo mal labrado que la nueva fábrica: ¡tanto se ha errado y tanto se ha mentido! Pues bien, el Sr. Saralegui, entre tantos escritores descarriados, es uno de los beneméritos que, conociendo el buen camino, se aplican a construir sólidamente, cosa que hoy se demuestra una vez más, así en la admirable monografía rotulada *Una sorpresa en tierra y su desquite en el mar* (la sorpresa del Peñón por los Turcos y el subsiguiente combate naval de Alborán) como en el *Perfil biográfico*, trazado de mano maestra, de D. Bernardino de Mendoza, a quien debió España aquella memorable victoria, alcanzada en el año de 1540 y celebrada en hermosos versos latinos por el humanista antequerano Juan de Vilches."

Estos son, enumerados con brevedad, los merecimientos del nuevo académico. "¡Este es el Sr. Saralegui!", respondo desde este lugar y en esta señalada ocasión a los mal enterados que preguntaban, y a los bien enterados que maliciosamente hacían preguntar en diversos periódicos: "¿Quién es este Sr. Saralegui?" Ya lo sabéis: es un hombre modesto, culto y laborioso que se apegó a los libros en las lozanas primaveras de su mocedad, y aún no los ha soltado al sobrevenir con sus nieves el frío invierno de la vejez. Este es, en efecto, el Sr. Saralegui, a quien hoy recibimos por académico de número con la cordialidad, con la afectuosa y fraternal consideración que ha sabido merecer.

Aquí, señores Académicos, podría y aun debería terminar mi tarea, cumplido como está—mal, como por mí—el honroso encargo que nuestro insigne y venerado Director tuvo a bien confiarme, pues ya, a nombre de este docto Cuerpo, he dado la bienvenida al estimado amigo que tan a gusto de todos pasa hoy de la categoría de académico correspondiente a la de numerario. Pero disculpadme si abuso de vuestra benévola atención algunos minutos más, porque, después de escuchar y aplaudir el levantado y elocuente discurso del Sr. Saralegui, ¿cómo yo, asimismo vehementemente amor de la pureza, riqueza y gallardía del habla castellana, de la cual hice desde mi niñez altar para un fervoroso culto que durará hasta el postrer aliento de mi vida, cómo no he de añadir algunas palabras, aunque sean humilde glosa de las que acabáis de oír?

Es cierto, por desgracia: hoy, todavía más que en el tiempo en que vivió el famoso hispalense D. Juan de Jáuregui, elegantísimo traductor del *Aminta*, “la entereza y buen lustre de nuestra lengua padece en manos de muchos que, por no conocerla, no la respetan, y creyendo que la enriquecen, la descomponen.” Mal que no mejora, no es de ahora, enseña el refrán, y muy antaño habría de buscarse su origen. Pero, antaño como hogaño, tres *ezas* trabajaron y trabajan de consuno en la perniciosa tarea de corromper nuestro idioma: *pereza*, *pobreza* y *simpleza*. Veamos cómo.

El caudal de voces con que cuenta para su uso cada escritor se agota de día en día escribiendo mucho y leyendo poco o nada. Palabra que se resiste a acudir a la memoria cuando la ha menester el que escribe, está a punto de ausentarse para siempre de su vocabulario, a menos que refresquen su recuerdo nuevas lecturas. Aun por esto pudo decirse que *verba volant*. Así, hay muchos que por el tráfico y ajetreo ordinarios de la vida moderna, escriben, y no quieren o no pueden leer sino lo nacional y lo extranjero que les cae a mano en su mismo ejercicio de periodistas,

novelistas o traductores: novelas, periódicos; trabajos, en fin, escritos aprisa y casi siempre por quienes tampoco pudieron o quisieron tener cuidado alguno con la propiedad y el casticismo del lenguaje.

De esta pereza o abandono se origina la pobreza de dicción, cuando tal inopia no es nativa, quiero decir, cuando hubo caudal léxico que perder; porque muchas veces ocurre que el que habla o escribe fué tan indigente desde que vino al mundo de las letras, que nada halla que arrebatarle su mala fortuna. Hay escritor que no tiene en su repertorio, así como suena, arriba de un millar de vocablos, y con éstos ha de aviarse para todo. Bien colegirá el menos lince lo variado, lo sabroso, lo deleitable que puede ser un libro compuesto con ocho o diez centenas de palabras: con menos de las que tiene para su uso cualquiera tribu semisalvaje.

A querer remediar los males debidos a la pereza y a la pobreza acude, muy presumida, su sandia hermana la simpleza, imaginando que ha de trocar tanta penuria en lozana fertilidad y en pingüe abundancia, y en vez de apelar, para reponer lo ya perdido o granjear lo nunca ganado, al estudio de la gramática y a la lectura de los buenos modelos de nuestra literatura, apela, como por una suerte de pre-rafaelismo literario, a buscar novedad en lo harto pretérito, a entresacar palabras de los autores demasiado arcaicos, y así, abundan como plaga los escritores que rellenan su prosa, y especialmente sus versos, de voces tan arrinconadas y orinientas, que ya habían caído en desuso cuando comenzó a leerse el *Amadís de Gaula*. Dar novedad a los escritos empedrándolos de rebuscados términos del tiempo de Maricastaña es pura y rematada simpleza o bobería, de la cual sólo pueden agradarse otros aún más simples y bobos que quien los rebusca y emplea.

A estos escritores del día que presumen de maravillarse al mundo con novedades tan frescas, como escogidas y rebuscadas en el *Cantar de Myo Cid* y en el *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, y a otros sus congéneres, que,

desvalijando a un mal latín, pasado las más veces por el harnero de un peor francés, no *andan*, sino *deambulan*, llaman *tremulante* a lo *temblador*, y *frígido* a lo *frío*, no dicen *ciudad*, ni a tres tirones, sino *urbe*, ni *alabanza*, sino *loanza*, y llaman *exilio* al destierro, e ignoran qué significa *trabajar*, porque sólo de *laborar* tratan; a éstos para quienes todo lo que hicieron o dejaron de hacer nuestros mayores, o tiene traza, facha o apariencia de antiguo, es *ancestral*, y no *ancetral* siquiera; a éstos que revisten con pintarrajeada ropa de mojjiganga el habla seria y noble, vestida a la llana y a la castellana, con quien tuvieron cordial amistad sus padres; a éstos, en resolución, que hacen grave y elocuente a aquel poeta ridículo, citado por Lope, que escribía:

«En viendo que el estío está propincuo,
Por mi salud, las damas *derelincuo*,»

a estos tales, ¿no será bueno hacerles ver que sus léxicas ardimañas, como las tahurescas habilidades de Rinconete, son “flores de cantueso viejas”? Porque, la verdad sea dicha, aún les queda mucho que andar si han de llegar a parecerse a aquella endiablada y poco varonil gentecilla a quien tres siglos atrás retrató y fustigó el doctor Suárez de Figueroa en el discurso IV de su *Plaza universal de todas ciencias y artes*. Oid lo que decía:

“¿Qué diré de la necia y loca gravedad pedantesca? ¿Qué del cuidado de estar siempre con su entonación, tan presumidos y tiesos, que parecen Cicerones en las cátedras?... ¿Qué de la simplicidad de algunos particulares, como del pedante de Bolonia que, queriendo dar nueva de que en su tierra había muchos bandoleros y que corría peligro no matasen algún día al gobernador de aquella ciudad, dijo: “Yo *vereor* que por la *copia* destes *éxules*, un día no sea *necato* el *antistite*?” ¿Qué del que encaminando una carta a Padua, por poner “en la plaza del Vino, a la especiería de la Luna”, escribió: “en la ciudad *atenorea*, en el *foro* de Ba-

co, a la *aromateria* de la *diosa triforme*?" ¿Qué del otro que, injuriando a una cortesana, dijo: "Esta *lupa romúlea* tiene siempre el ojo a los *locales*, ni jamás se ve con la *risa citerea* hasta que en su casa se ve *omninamente saturata* de su *inglubie*?" ¿Qué diré de aquel que, saludando a un figón, comenzó con "*Ave, Pincerna deífico, salve*, maestro de condimentos *lautísimos*; *Dü te, adiuvent*, sagrario de todos los *férculos* opíparos?" ¿Qué del que preguntando a un viandante por el camino de Roma, dijo: "Dime, *delegante viator*, ¿cuál es el *itinere germano* de *pervenir* a la ciudad de Rómulo?" Y, en fin, ¿qué diré de aquel bachillerito que, deseando una vez le desayunasen con guindas ciertos amigos suyos, dijo airosamente: "Ea, mis señores, *cito, cito, guindiculae adsunt*; tomen *ad decapitanam choleram*, porque pretendo *scindir*la *simul* con vuestras mercedes?"

Esta simpleza o vanidad de que os hablo y de la cual tanto daño recibe la lengua de nuestros abuelos, débese en gran parte al afectado menosprecio con que muchos que no vacilo en llamar malos españoles miran todo lo de su patria. Enamórales, por no ser propio, todo lo extranjero. ¡Qué feo y qué vulgar el decir las cosas como nuestros criados, como las gentes humildes que no *visten* y que no *salen*! Por el contrario, ¡qué lindo y qué *chic*, qué *charmant* es hablar de manera que todos conozcan que somos personas *decentes*! Porque no hay que dudar: lo español neto hasta *decente* va dejando de ser para muchos fatuos que en mal hora se dieron un paseillo por las afueras, y se les ha subido a la cabeza el vino español rebautizado allende el Piri-neo. Sujetos tales como cierto españolillo de la primera mitad del siglo xvi, de quien Cristóbal de Villalón, en el coloquio II de su *Viaje de Turquía*, cuenta lo siguiente:

"Lo mesmo aconteció en Logroño; que se fué un muchacho de casa de su madre y entróse por Francia. Ya que llegó a Tolosa, topóse con otro de su tamaño, que venía romerillo para Santiago. Tomaron tanta amistad, que, como estaba ya arrepentido, se volvieron juntos, y viniendo por

sus pequeñas jornadas, llegaron en Logroño, y el muchacho llevó por huésped al compañero casa de su madre. Entrando en casa, fué rescibido como de pobre madre y que otro no tenía. Luego echó mano de una sartén, y toma unos huevos, y pregunta al hijo cómo quiere aquellos huevos, y qué tal viene, y si bebe vino. El respondió (que hasta allí no había hablado):

“—*Ma mer, parlev bus a Pierres, e Pierres parlerá á moi, quo chi non só res d'Espagne.*

”La madre, turbada, dijo:

”—No te digo sino que cómo quieres los huevos.

”Entonces preguntó al francesillo qué decía su madre. Ella, fatigándose mucho, dixo:

”—Pues ¡malaventurada de mí, hijo! ¿Aún los mismos capatos que te llevaste traes, y tan presto se te ha olvidado tu propia lengua?”

Obsérvese, pues, cuán de lejos viene el mal que lamentamos y cómo nació de que, mientras los hijos de otras naciones se ufanan por conservar, por extender, por glorificar su idioma, la más pura y más cabal representación de la patria, los españoles parecemos estar tan dejados de la mano de Dios, que menospreciamos lo mejor que nos cupo en suerte: la más sonora y expresiva lengua de cuantas se hablan en el mundo; lengua que, como dijo Capmany, “cuanto más se estudia, más da que estudiar, y cuanto más se profundiza, más tesoros descubre”: lengua que, como mucho antes había escrito Ambrosio de Morales—y no parece sino que lo escribió para hoy—, “siendo igual con todas las buenas en abundancia, propiedad, variedad y lindeza, y haciendo en algo de esto a muchas ventaja, por culpa o negligencia de nuestros naturales está tan olvidada y tenida en poco, que ha perdido mucho de su valor; y aún pudiérase esto sufrir o disimular si no hubiera venido a tanto menosprecio, que basta ser un libro escrito en castellano para no ser tenido en nada.”

La Real Academia Española trabaja cuanto puede, con

gran tino y discreción, contra la muchedumbre de neologismos innecesarios que está invadiendo las tierras en que nació y prosperó majestuosamente nuestro romance; pero ¿qué lograremos al cabo si los españoles mismos dan en la antipatriótica manía de extranjerizarse, y si ha llegado a tal rotura este negocio, que hasta entre literatos de algún renombre que se precian de ser maestros de la lengua castellana, haylos que escriben *atañadero* por *atañcedero*, *arrezagarse* por *arregazarse*, *lontonanza* por *lontananza*, *dentellado* por *dentellado*, *extentóreo* por *estentóreo* y *somorgujir* por *somorgujar*?

Trabajemos, y tengamos confianza en lo porvenir. Roguemos a Dios, y demos con el mazo. En la misma caja de Pandora, de donde salieron para extenderse por el mundo todos los males, quedó un inapreciable bien: la esperanza. Y la esperanza nunca es hembra estéril cuando se ayunta con el trabajo. La Academia Española, cumplidora celosísima de los deberes que al par le imponen sus estatutos y la buena voluntad de los académicos, entra ahora en un muy activo período de su vida. Por una de las reformas recién acordadas, se aumenta el número de los académicos correspondientes españoles, atendiendo a la conveniencia de recoger sin demora la copiosa habla vulgar de todas las regiones de España. Y poco tardaremos en poner mano a una empresa colosal: a la redacción del nuevo *Diccionario de autoridades*, para el cual tiene acopiados la Academia no ya millares, sino hasta millón y medio de cédulas, allegadas con perseverante trabajo de dos siglos por los ilustres varones que pertenecieron a la Corporación en todo este tiempo. Y ¿qué otras tareas no podremos emprender y aun llevar a feliz remate, aunados como están los buenos propósitos de los dirigidos y la férrea e inteligentísima voluntad de quien nos dirige?

Voy á terminar. “Nunca creí—escribía yo al alborear este siglo—que el sabio autor de la *Filosofía de la elocuencia* tuviese razón sino en parte cuando dijo: “La mitad del idio-

"ma castellano está enterrado, pues los vocablos más puros, "hermosos y eficaces hace muchos años que no salen a la "luz pública". Enterrado no; que, aunque no vive en los libros de hoy, ni, por lo que toca a ciertas regiones, en los de ayer, vive muy lozano y brioso entre las gentes del pueblo y entre los campesinos, transmitido por herencia de generación en generación y conservado al través de los tiempos, como pingüe caudal de bienes vinculares. Y no ya los vocablos más hermosos, eficaces y puros perduran en el habla popular, sino lo que vale más todavía que ellos: los giros genialísimos de nuestra raza; las imágenes pintorescas; los gentiles modismos de oro acendrado, de que tiene el pueblo, para gastar y derrochar, Californias y Potosíes; los antiguos refranes, en donde, como por apuesta, se juntan y compiten la bizarrísima gracia de la expresión y la rica substancia del consejo; y aun estas florecillas—las comparaciones populares—no son poca parte a que la lengua de los Cervantes y los Solís luzca y resplandezca y sobresalga entre todas.

"Cierto: el idioma de Castilla, a juzgar por lo que hablamos y escribimos casi todos los españoles, parece un rico que se va arruinando a todo correr. ¿Eslo? Si lo fuera, todavía no es tarde para que rehaga su hacienda. Visite sus posesiones; administre sus bienes; que en alquerías y cortijos, en casas de aldeas y chozas de pastores anda desperdigado, pero no perdido, lo más de su caudal. Recójalo, que aún es tiempo; recójalo pronto, antes que los vientos de generalización que soplan de todas partes barran lo que nos queda; antes que pase el ferrocarril junto a los más apartados rincones de las montañas, llevándose el pan candeal de nuestros mayores y dejando en trueque extranjeras levaduras; antes que el telégrafo, este invento admirable, acabe de reducir a tres—nombres, verbos y adverbios—las antiguas partes de la oración; antes que los organillos mecánicos y las copletas de los teatros cómico-líricos hagan olvidar de todo en todo nuestra música y nuestras coplas po-

pulares, síntesis de la inmensa riqueza afectiva de una raza que parece estar próxima a extinguirse. Y si, por desdicha, fuere inevitable la pérdida del único tesoro que nos queda, de la gentil habla castellana, la más hermosa del mundo, por la cual aún dominamos en la mitad de él, conservemos siquiera el inventario de lo que poseímos. Así el hidalgo pobre busca y halla en la lectura de sus viejas ejecutorias dulces aunque tristes recuerdos, a la par que estímulo generoso para mantener inmaculada la honra de sus progenitores.”

HE DICHO.

